

## JOSÉ A. DAUBÓN: ANTES Y DESPUÉS DEL 98

### Introducción

Para enmarcar el texto al que nos enfrentamos, *Cosas de Puerto Rico*, quisiéramos señalar algunos aspectos que nos parecen pertinentes en el prólogo que en 1893 le escribe Manuel Fernández Juncos. En primer lugar destaca él la gravitación del referente sobre el vuelo imaginativo del escritor:

Como su mérito más apreciable consiste en el parecido, el autor no puede prescindir en ellos de la observación directa, sin que el público á quien retrata desdeñe la pintura apócrifa y se llame a engaño.<sup>1</sup>

Aun cuando las ideas de Fernández Juncos sobre la sinceridad y el realismo son cuestionadas por la crítica actual, no se puede descartar el peso que este contrato, entre el emisor y el receptor del artículo de costumbres, imprime al texto que comentamos. Daubón no oculta el destinatario de sus escritos y continuamente hace llamadas y se asegura de que descodifique de una manera determinada el mundo por él representado.

Otro aspecto que señala Fernández Juncos es el carácter urbano, capitalino, de un libro que en su título aparenta dar albergue a la totalidad de la isla:

... y acaso les conviniera mejor un epígrafe más concreto, ya que se refieren, casi en su mayor parte, á tipos, costumbres y recuerdos de la capital.<sup>2</sup>

Un tercer rasgo es la focalización privilegiada por Daubón:

Más entusiasta que pacienzudo, su procedimiento habitual se funda más en la síntesis que en el detalle. Gusta de estudiar las costumbres colectivas, los grandes grupos en acción, la sociedad en sus aspectos más exteriores y bulliciosos.<sup>3</sup>

Destacados los aspectos que nos parecen más relevantes del prólogo, procedemos a continuación a nuestro comentario del texto.

---

<sup>1</sup> 1. Manuel Fernández Juncos, Prólogo, *Cosas de Puerto Rico*, Primera serie. José A. Daubón. San Juan: Tipografía del *Boletín Mercantil*, 1904-05, p. 2.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 6.

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 7.

## Entre dos mundos

Para transmitirnos una imagen del Puerto Rico que le tocó vivir José A. Daubón recurre a desdoblarse en escritor costumbrista para recuperar el pasado y en cronista para registrar el presente.

El Puerto Rico que su memoria recupera, en el primer plano, está íntimamente asociado con los días festivos del santoral católico en estampas tales como: “El día de Santiago”, “La fiesta de San Miguel”, “Las fiestas de Cruz”, o con las procesiones de Semana Santa, “Mi primer sombrero de copa”, o con las fiestas navideñas en “Una trulla”. En estos artículos el autor intenta retroceder a la perspectiva infantil y desde los ojos del niño, que fue, su memoria selecciona los eventos que a esa edad más le llamaron la atención; eventos en los cuales los personajes, actos y actitudes exhalan una atmósfera de “ruidosa alegría popular”:

Ya van desapareciendo. Pero en mi tiempo, sin que esto quiera decir que sea yo un setentón había exhibiciones más ó menos ruidosas de alegría popular...

El tiempo es cosa que me preocupa muy poco.

Sé que en el mar de la vida, por donde vamos todos navegando, hay pocas bonanzas y muchas tempestades...

De aquí la monomanía ya antigua en mí, de recordar siempre con placer las peripecias de los primeros días de navegación, que son siempre las más alegres porque apenas tenemos tiempo de fijarnos en los peligros que vamos a correr.<sup>4</sup>

Identificada la alegría como la postura vital, Daubón también está muy consciente de qué mundo es el que él va a representar; de ahí que se adelante a precisar el cambio de enfoque que su texto representa en relación con el de Manuel Alonso:

Ya el que fue mi respetable amigo Manuel Alonso, llevó al lienzo literario el mismo paisaje, que va á ser objeto de los brochazos míos. Pero el habló de su tiempo. Pertenecía á la promoción de la víspera y dibujó el festival aristocrático de su época. El mío es burgués, democrático y plebeyo hasta la médula. Vine después y me encontré en el baile precisamente cuando se refocilaban con el seis chorreo. No es mía la culpa.

Pero vamos al cuento ó al caso, y encomendándome á la buena fortuna siempre amiga de los inocentes, empuño la brocha festiva, y zambulléndola en la caldereta de la alegría, comienzo á emborronar el lienzo que tengo hoy sobre el caballete.<sup>5</sup>

A esta matización de alegría, que le corresponde más bien a las evocaciones de las estampas de su infancia, debe añadirse el tono que suele acompañar al espíritu burgués en el cual Daubón se inscribe. En primer lugar está el

<sup>4</sup> José A. Daubón, *Op.cit.* pp 11-12.

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 99.

didactismo de la serie “Las cartas blancas” del primer tomo en el que le dirige consejos a una joven sobre el rol de la mujer en la sociedad, al estilo de los que Alejandro Tapia y Rivera publicó en *La azucena*; consejos que vuelven a aparecer en el segundo volumen en las reflexiones sobre “El estudio” y “La orfandad” que dedica a Blanca y a Joaquina respectivamente. Por compartir este tono, deben incluirse también en esta serie, los retratos ejemplares de “Un hombre bueno” (José L. Rodríguez) y las semblanzas “Vicente Ayala” y “Amalia Cletos Noa” (Mi corazón) “Francisco Ortiz” y “Pascasio P. Sancerrit”.

Respecto a sus alegaciones de poder sintonizar democrática y plebeyamente con su tiempo, debemos incluir las estampas en que se asoma a las vidas precarias de los marginados de su época, los negros del lado de acá y los soldados rasos del lado de allá. Los primeros, los negros, aparecen como muchedumbre o comparsa en las fiestas o lugares en que ellos predominaban o se aglutinaban, y así los vemos en “La fiesta de San Miguel”, “Las fiestas de Cruz” y “Un carnaval en Ballajá”. En cuanto a los soldados, oímos sus quejas y asistimos a sus penurias en “El chenche Cotorro”, “El beso” y “Conjunción cerebral”.

A este desfile de alegrías y penas Daubón añade su galería de personajes ejemplares. En la cúspide de su jerarquía valorativa están los puertorriqueños eminentes que conoció. “Mis maestros” es una semblanza dedicada a José Julián Acosta y Román Baldorioty de Castro. A éstos se suman las semblanzas de Betances y Hostos “Un compañero de estudios”. También están representados aquí sus maestros españoles y negros: “Fray Pablo” y “El maestro Rafael Cordero”.

En último lugar y, por razones meramente cronológicas, Daubón coloca a los nuevos administradores de la colonia “Alger-Henry-Humpell”, “Major Edwin A. Root” y a los que no conoce personalmente, pero cuyas doctrinas o ideologías hacen su aparición en el nuevo horizonte colonial isleño: “Monroe” y “El imperialismo”.

Como se habrá podido apreciar a través de la somera enumeración que hemos hecho —artículos de costumbres, semblanzas, cartas didácticas, crónicas, con elementos tan heterogéneos— el libro resulta difícil de asir o clasificar en un género determinado.<sup>6</sup> ¿Dónde reside entonces la coherencia necesaria para ofrecer una impresión de totalidad?

Para nosotros el eje articulador de *Cosas de Puerto Rico* reside en el mundo representado, el San Juan de entre siglos, visto a través de la óptica de un funcionario y letrado colonial que en la trayectoria del Alonso de *El gíbaro* o el Tapia de *Mis memorias* nos da su particular figuración de Puerto Rico.

<sup>6</sup> A esto debe sumarse el largo proceso de composición y publicación pues, aunque el prólogo es de 1893 el libro se publica en dos volúmenes en el 1904 y 1905 y seguramente recoge textos muy anteriores a la fecha del prólogo.

### Disfraces, máscaras e imagería: Entre negros y blancos anda el juego.

Enumeradas las posturas desde las cuales Daubón enfoca su mundo, observamos con mayor detenimiento los integrantes de ese mundo. En la base de la pirámide están los negros y ante ellos Daubón adopta diferentes posturas, tomando como parámetro la visión de su clase. En primer lugar, traza una guardarraya entre los negros buenos, los que están al servicio de su clase, y del otro lado el de la cimarronería que no pertenece a la servidumbre:

Pero entendámonos; no voy a referirme á la buena gente de color civilizada, nacida en nuestra casa; y con la cual se han confundido nuestras penas y nuestras alegrías desde que comenzamos á ver la luz.

Los que van á ser objeto de mi cuadrillo retrospectivo, eran gentes de más fuste y de más campanillas, procedentes casi todos del continente inexplorado, país de las maravillas más estupendas, de las barbaridades más sorprendentes, del ébano y del marfil.<sup>7</sup>

Más adelante, consciente del mundo que va a representar, invoca la protección de Goya:

Remuevo la borra de mi tintero, reconcentro mi espíritu, y empuño la brocha de Goya. Sólo ella podrá dar una idea á la presente generación, de aquel hervidero de gusanos humanos, consorcio de vicios y miseria, que desapareció afortunadamente de entre nosotros, como un aduar de gitanos que levanta el campamento; y se pierde en el horizonte.<sup>8</sup>

Sobre los primeros, los negros buenos, no obstante haber “nacido en nuestra casa” la imagen que se comunica es humorística, degradante y hasta amenazante:

El caso es, que yo salí pertrechado aquella tarde memorable, conduciéndome un doméstico salvaje, isleño por más señas, con encargo de entregarme al famoso Pablo Abadía, que era el compañero fabricante de cirios, sacristán, chupa lámparas y general en jefe de la tropa menuda de la parroquia.

¡Y que buen tipo era el tal Pablo!

Paréceme que lo estoy mirando. Alto, semizambo, fornido, con su cara japonesa y unos brazos tan largos, que sin necesidad de caña apagaba los cirios soplándolos, ó le limpiaba las narices á un San Benedicto, más negro que la pez, que estaba embutido en un nicho á regular altura. Cuando estuve a su lado me pareció un gigante. Él me contemplo con aire de protección y me dijo: ¡qué curro estás! Voy a ponerte en la Magdalena.<sup>9</sup>

Más adelante vuelve a insistir:

<sup>7</sup> José A. Daubón, *Op.cit.*

<sup>8</sup> *Ibid.* p. 20.

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 8.

¡Oh! Paréceme que lo estoy mirando. Era un enorme negrazo, boca descomunal, diente afilado, ojo saltón e inyectado en rojo, y la cabeza que parecía una bola de cañón, inmóvil por el tremendo peso que soportaba. Tiró con una mano brusca del faldón y echando fuera una pata descomunal, saltó sobre mi sombrero de copa el puntapié más bestial que han contemplado los humanos.

Era la pata de un paquidermo africano, sin más babucha que el pellejo natural.<sup>10</sup>

Más allá del humor que emana de la contraposición entre las pretensiones de “hombre elegante” que tanto el padre como el niño (entiéndase la sociedad colonial en general) cifran en la indumentaria:

En aquella época, el guante y el fraque negro ó azul con botón dorado y el sombrero de copa, eran los adminículos indispensables en todo festival...

...Así como suena un ratón, apenas tenía doce años y no levantaba ciento diez centímetros del suelo, pero me creía un hombre y en mi casa contribuían a no sacarme del error.<sup>11</sup>

está la cruda realidad del negro que necesita ver por donde va y no se contenta con aparentar para ser visto, como el niño y la sociedad colonial; tópico que nos recuerda una situación semejante en el ejemplo de Don Juan Manuel “De lo que contescio a un rrey con los burladores que fizieron el panno”:

Absorto, arrobado y haciendo su papel con la seriedad de un hombre de fuste, llevaba mi faldón cogido al desgaire, contemplando las damas de los balcones, que arrojaban flores a la vía, sin escuchar las voces que salían debajo de la mesa de la Magdalena, indicándome que levantase el faldón, puesto que no veían el camino los conductores de la imagen.<sup>12</sup>

Imagen de la Magdalena que es, a su vez, como el niño, la imagen de una imagen, un simulacro más de la mimesis colonial.

Levanté la vista, y contemple de tete a tete a María de Magdalena. ¡Y cómo la habían puesto!

Una túnica pobre de pana morada con no pocas manchas de cera me hizo comprender la verdad del dicho: no está la Magdalena para tafetanes, que tantas veces le había oído repetir al Maestro de escuela que comenzaba a desasnarme. Una peluca rala y despeinada, caía en mechones desiguales, de aquella cabeza que no debía haber modelado ningún escultor, y dos lágrimas de vidrio resbalaban por sus mejillas, sin duda avergonzada de la heregía, que con su estampa se estaba cometiendo.<sup>13</sup>

La imagen puede verse entonces, como una analogía de la sociedad colonial en sus postrimerías. A esto se suma el que Daubón vincule esta delectación

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 10.

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 4-5.

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 9.

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 9.

con los disfraces y mascaradas a nuestra particular situación colonial.

En materia de buen humor, puede decirse que no había clases; tirios y troyanos nos confundíamos en la garata colonial, con un placer indefinible, y los hombres que parecían más serios, tomaban parte en el aquelarre bullanguero sin cuidarse poco ni mucho del que dirán. Lo grotesco estaba entonces en carácter y era más celebrado el que sabía apayasarse mejor. Estábamos en pleno circo ecuestre, y el país respondía satisfecho y contento cuando sentía en la boca el pezón con que le habían criado. ¡Así eran los tiempos!<sup>14</sup>

Establecida esta premisa, Daubón no olvida introducir en la escena la figura patriarcal del gobernador, cuidándose de destacar su papel de auspiciador de tal conducta:

... llegamos á embocar la calle de la Fortaleza con rumbo al Palacio de Santa Catalina. Porque es necesario que tengáis presente, que en aquellos buenos tiempos, como ahora, nada se hacía sin contar para todo con la primera autoridad. Las primicias de cualquier cosa, aunque se tratase de una vagamundería superlativa y lo era la que voy relatando, correspondía de derecho, como el de pernada, al primer magistrado del país. Eso era de rigor.<sup>15</sup>

Más adelante, esta generalización se particulariza en la efigie del gobernador:

... elevé los ojos al balcón del palacio y descubrí el simpático rostro del general Norzagaray, con su bigote retorcido y levantado a la borgoñona, aquella cabeza admirablemente modulada, digna del pincel de un artista, y aquel aire de nobleza y bondad que tanto le distinguía.<sup>16</sup>

Los negros, por su parte, aunque en la base de la pirámide colonial, también son afectos al disfraz, pero detrás de estas festividades Daubón detecta una mal reprimida violencia. Un primer indicio de esto ya lo señalamos al reseñar "Un sombrero de copa" cuando el negro pateaba violentamente el símbolo de la casta dirigente; violencia que se atenúa cuando los niños son defraudados en su intento de apoderarse de las golosinas en las fiestas de los negros, por la negra Sinforosa:

En las yemas nos fijamos con predilección los muchachos más traviesos del barrio, ... En un descuido de la negra Sinforosa, le metimos mano á un puñado de yemas deliciosas que fueron á morir sepultadas en los bolsillos de nuestras chaquetas.... y cuando comenzamos á desenvolver el papel picado de las sabrosas yemas que teníamos en los bolsillos, nos encontramos con que, dentro de cada una de ellas, había un hicao cangrejero de los que son "sosos", y parecían algodón con pepita.

Nos había tirado la negra Sinforosa.

<sup>14</sup> *Ibíd.* p. 98.

<sup>15</sup> *Ibíd.* p. 15.

<sup>16</sup> *Ibíd.* p. 104.

¡Maldita sea su estampa!<sup>17</sup>

pero que en su hija, que aún no había aprendido a disimular sus reacciones aparece desembozada!

Una hija de esta llamada Vicenta, avispa de doce años que era más mala que la cárcel y trompeaba y se daba jinetazos con los muchachos, como si fuera otro que tal.<sup>18</sup>

Esta violencia llega al punto de máxima ebullición en las negras que utilizan al marinero americano como chivo expiatorio de los agravios padecidos:

Dos docenas de demonios, que no parecían otra cosa, mujeres en su mayor parte casi en cueros, pues sólo llevaban la camisa y una enagua atada a la cintura, se habían apoderado de un inglés, mejor dicho de un yankee, marinero de alguna barca azucarera, que entró sin duda en el barrio buscando algo de amor que le faltaba, y se encontró con lo que tal vez no había visto en todos los días de su vida, que no eran muchos.

...Quedó atado a la silla como un juey y ya no se movió ...y la turba femenina se divertía embadurnándole el rostro con la harina más barata.

””””

Detrás de la harina vino el almagre...

... Pero lo que fue divino fue el último golpe de toilette, esto es, cuando le tocó su turno al negro humo... Allí fue Troya, cuando mi hombre quedó negro como el betún, dió un salto en la silla conmoviéndola. Aquello pasaba de castaño oscuro, y el ciudadano de la gran República lanzó un bramido de toro holandés y comenzó á gimotear. Era la rabia impotente que le consumía. Y á todo esto la turba endiablada no se daba por satisfecha; barruntaba que aquello no iba a terminar en todo el día.<sup>19</sup>

El simbolismo de esto, que representa una vejación para el marinero, es obvio. Conscientes de la otredad que les confiere su color, le hacen experimentar a un blanco lo que a ellos los discrimina: la negritud. Ahora bien, obsérvese que esta pequeña revancha no se le infiere a un blanco de la comunidad, quien pudiera tomar represalias, sino a un transeúnte que por su condición de ave de paso no podrá devolverles la afrenta.

### Los soldados de su majestad

Lejos, muy lejos, de la fulgurante galería militar de la historia oficial española o de la crónica acusatoria de los desmanes y atropellos de la historiografía puertorriqueña sobre los gobernadores (generales), está la perspectiva desde la cual Daubón focaliza el componente militar, ya que su atención recae en el soldado sin rango o en guardias urbanos que son en realidad víctimas también del sistema.

<sup>17</sup> José A. Daubón, *Cosas de Puerto Rico*, Segunda serie, Tipografía del “Boletín Mercantil”, pp. 63-64.

<sup>18</sup> *Ibid.* p. 61.

<sup>19</sup> *Ibid.* pp. 65-66.

La primera ocasión en que éstos aparecen en el texto es en una estampa humorística, pues los personajes pertenecen a las clases consideradas inferiores: jíbaros y guardias urbanos. Dos negros se han ahorcado y es al guardia a quien le toca cargar con los muertos. El narrador se demora en la descripción del guardia para contraponerlo a la seguridad de los que ostentan el poder. Lo primero que destaca es la inferioridad en el manejo del lenguaje y a continuación su estado anímico:

... se presentó de improviso en la casa de la autoridad un guardia urbano de Minillas, á dar aviso de que en un emajagua de las inmediaciones del barrio, se suponía de cuerpo presente, palabras textuales: el cadáver de un difunto que se había ahorcado.

El urbano, que era jipato de nativitate, estaba, con el susto, blanco como la tiza. Tartamudeaba al dar las explicaciones y detalles que se le pedían, revelando un terror supersticioso de primera fuerza.

En el acto tomó la autoridad las disposiciones convenientes, y media hora después, pertrechados de un par de faroles y algunos hachos de tabonuco, emprendimos la marcha hacia Minillas,...<sup>20</sup>

Cuando le toca el turno a la descripción del ahorcado, el narrador procesa nuestro primer acercamiento bajo el prisma del humor y la caricatura:

Allí estaba aquel Judas Izcariote colgado, como un racimo, de la penca más alta de una madre de emajagua. ¡Vaya un jíbaro feo! El muy bruto, con la fibra del mismo árbol había tejido la cuerda que le sirvió de vehículo para la eternidad.

Era una emajagua corpulenta, de ancha base y ramaje sólido. A tres metros del suelo abría dos brazos que se extendían á derecha é izquierda como las bocas de un juey, y del centro del ángulo que formaban, partía la rama madre de donde ató aquel condenado el extremo de la cabuya. El otro extremo le sirvió de corbata, y ... andando... En esa posición le encontramos, oliendo ya a algo que no era tomillo ni azahar.<sup>21</sup>

Obsérvese que no hay asomo de compasión hacia el jíbaro, ya que el humor neutraliza o insensibiliza cualquier asomo de empatía, por parte del receptor; y de hecho, la descripción de la emajagua le roba protagonismo a la víctima, pues ésta aparece más bien como un apéndice o accesorio de su poderosa presencia.

Cuando el narrador vuelve a centrar su atención sobre el guardia, lo hace nuevamente comparándolo desfavorablemente con la autoridad:

El guardia urbano tiritaba de miedo, y no había fresco de hacerle separar del alcalde. Estaba como cosido al impermeable de la autoridad. Cuando esta dispuso que descolgasen al muerto, mi hombre desapareció. Se había añangotado frente a la emajagua, reduciendo cuanto pudo su humanidad; y allí, callado como chivo, aguardo el resultado de la orden.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> *Ibid.* p. 110.

<sup>21</sup> *Ibid.* p. 111-112.

<sup>22</sup> *Ibid.* p. 112.

Y, efectivamente, la autoridad siempre lleva impermeable, pues el cadáver a quien le cae encima y a quien le toca cargarlo es a áquel que más le teme:

El cuerpo muerto descendió rápidamente, escurriéndose de espalda contra el tronco; pero al llegar al suelo, perdió el equilibrio y cayó de narices sobre el urbano que le quedaba de frente.<sup>23</sup>

.....

Voto y no á Dios y el grito que soltó aquel hombre cuando se sintió la mole encima. Dio un salto, como si hubiera estado en cuclillas sobre un trampolín, y acertó a caer al lado del Alcalde, quien de un tenazaso le agarró por el pecuezo, diciéndole: zoquete, pues ahora vas a cargar con él hasta el pueblo!

Y así fue. Volvimos a desandar el camino, con bastante trabajo, no sin reirmos mucho del azoramiento del urbano, que no se atrevía a mirar de frente al muerto, y que hubiera dado las dos orejas por no haber asistido a la excursión.<sup>24</sup>

Para subrayar bien este esquema de opresión, el narrador nos hace experimentar en una segunda oportunidad la misma situación.

No habían transcurrido quince días de este suceso, cuando otra noche, se dio aviso al Alcalde, de que en el puente de hierro que está sobre el río grande de Bayamón había un caballo ahorcado. ¡Cáspita! ¡Si sería cosa de epidemia!

¡Pues al puente! Y tocóme aquella noche acompañar también al Alcalde; sorprendiéndome el ver en la comitiva, al guardia urbano de Minillas.

El Alcalde lo alcanzó a ver en el zaguán de la Alcaldía y le obligó al paso, para ver si le curaba el miedo.<sup>25</sup>

A esta estampa puede atribuírsele un carácter alegórico, ya que el narrador incluye un personaje que presagia el papel de relevo que ocuparán las nuevas autoridades:

Entre los curiosos que se agregaron, venía un inglés, maquinista de la hacienda próxima, y que se dedicaba en sus ratos de ocio al estudio de la Filosofía.<sup>26</sup>

La estampa termina con el dictamen del inglés:

Very well. ¡Cerebral conjunction! Interrumpió con voz de bajo profundo, el inglés. Y acercándose al muerto, y mirándole fijamente con cierta expresión de ira, le dijo:

Si usted quiere jorcar, ¡jórcase usted! ¿pero por qué jorcar usted caballo?<sup>27</sup>

Discurso que el narrador no comenta, y en realidad no es necesario que lo haga,

<sup>23</sup> *Ibid.* p. 24.

<sup>24</sup> *Ibid.* pp. 112-113.

<sup>25</sup> *Ibid.* p. 113.

<sup>26</sup> *Ibid.* pp. 113-114.

<sup>27</sup> *Ibid.* p. 115.

pues el imperio (y el inglés como su portavoz más arquetípico así lo demuestra) siempre tiene la última palabra y el subordinado, el colonizado, ni aún después de muerto recobra su dignidad humana. El inglés confirma con sus enunciados que para los imperialistas un hombre es un instrumento de trabajo menos valioso que el caballo y, aunque los dos son considerados animales de carga y arrastre, el ser humano es inferior desde su perspectiva por constituir una menor fuente de energía.

La segunda estampa que trata este tema es "El beso". Aquí el narrador centra su enfoque en la desilusión que experimentan los que son arrastrados por la marea militar y arrojados a las playas de ultramar. El narrador se demora en trazar el itinerario del soldado. En primer lugar evoca el paraíso perdido:

Era de Redondela .... era de uno de esos pueblecitos o aldeas, de encantador aspecto, nidos silvestres de pájaros humanos, que se encuentran en el fondo de ese saco lindísimo que se llama la ría de Vigo.<sup>28</sup>

A continuación de este contexto paradisíaco, llega la expulsión del paraíso:

Es el caso que de su aldea vino el mozo Pedro Silveiro de veinte y dos años, arrancado a los brazos de la agricultura, y de los no menos cariñosos de su madre, por una maldita bola, que le hizo quinto partiéndole por el eje, y obligándole a entrar en el depósito de la Coruña a esperar turno de embarque para Ultramar. Cuando le tocó el suyo lo embalaron en el sollado de una Fragata, de las que en aquel tiempo hacían el servicio de correos, y se alejó de la nativa tierra, para volver cuando quisiera Dios.<sup>29</sup>

El tópico engaño-desengaño, ilusión-desilusión, lo continúa trabajando el narrador cuando consigna la impresión, a ojos del narrador equivocada, del San Juan que percibe el soldado.

Con la manta al hombro, formado en fila de á cuatro en fondo, pisó por primera vez, con sus compañeros de fatigas, las peladillas que desde tiempo inmemorial sirven de pavimento a la aristocrática San Juan. Y digo aristocrática, porque tal le pareció á mi gallego cuando la comparaba con su villorio, que si hubiera venido de otra parte, de seguro que su juicio se hubiera democratizado al aspecto de nuestras calles estrechas y mal olientes, nuestro caserío gacho y entejado todavía en muchas partes y nuestros faroles de aceite y cabuya, con más pringue que luz.<sup>30</sup>

Ahora bien, de inmediato, su olfato bien entrenado para percibir la censura, le obliga a aclarar:

Y no te asustes, lector benévolo, porque estoy escribiendo en pretérito, es decir, refiriéndome a aquellos tiempos en que yo andaba con mamelucos, jugaba al hoyete

<sup>28</sup> *Ibid.* p. 126.

<sup>29</sup> *Ibid.* p. 126.

<sup>30</sup> *Ibid.* p. 127.

en la plazuela de mi barrio y encampanaba mi chiringa en el alto de Santa Bárbara, con su correspondiente cuchilla de vidrio en la cola.<sup>31</sup>

Establecido el eje ilusión-desilusión, apariencia-esencia, el primer paso del narrador es conducirnos hacia la secuencia que le da título a la estampa:

Silveiro tendió la mirada hacia los pozos, y quedó sorprendido. —La esfinge egipcia se había presentado á sus ojos de veinte y cuatro años. Allí estaba resguardada detrás de un uvero. La distancia la hacia aparecer como una visión fantástica, embelleciéndola la luz solar que la hería de soslayo. Era una negra fornida, de buena pechuga y ancha cadera, ... y el camison de zaraza arremangado y sujeto a la cintura flexible por una cuerda de currican, dejaba al aire el muslo de ébano acolchonado, y la pierna musculosa que zabullía sin miedo en el agua del pozo. La esfinge lavaba.<sup>32</sup>

Esta descripción —permitásenos la digresión— está construida desde la perspectiva del deseo masculino y es permisible por tratarse del cuerpo de una negra, pues sería inadmisibile desde la óptica de la época que una dama blanca fuese objeto de tal disección, y de hecho, es la única aparición del tema erótico en el texto.

Volviendo al tema, el narrador de inmediato contrapone a la ilusión la desilusión:

Pronto estuvo á la vera de la esfinge. La sorprendió de espaldas... Cuando al reclamo tierno se volvió, Silverio se quedó estupefacto. No era la estatua tebana que la ilusión espoleada por la distancia, había dibujado en la retina. Era un tulipán negro, que el tiempo había marchitado, aunque conservaba restos de su primaveral esplendor, en el labio rojo que mostraba la sonrisa africana, y en el ojo brillante que aún despedía ternura y luz.<sup>33</sup>

A continuación, los sucesos se precipitan, el narrador retrocede y le deja el primer plano a los actantes:

¡Dáme un beso, hermosa!

Y ella, encojida y avergonzada por el natural rubor, contestó:

—¡Pero siño sordá; si yo maca tabaco!

—Manque masques brea, ¡recontra!

Y se lo estampó en medio del hocico.<sup>34</sup>

A pesar de la denigración —en sentido etimológico de la realidad— que efectúa el narrador —censurable por su carga de racismo— es un punto a su favor la denuncia que se desprende en contra del engaño y posterior desilusión de

<sup>31</sup> *Ibid.* p. 127.

<sup>32</sup> *Ibid.* pp. 131-132.

<sup>33</sup> *Ibid.* p. 132.

<sup>34</sup> *Ibid.* pp. 132-133.

los que están colocados en la base del sistema.

Esta denuncia adquiere un carácter más directo en la estampa siguiente “El chenche Cotorro”. Para curarse en salud, el narrador recurre al humor y a la caricatura para que la denuncia que hace el personaje resulte asordada por la catadura de quien la emite:

Era un tipo difícil de olvidar. Tenía facha de tambor. Pequeño, regordete, sucio más que el suelo y con una cara de desengañado, como pocas he conocido. Semi-chato, blanco con esa blancura mate del que ha comido poca carne y mucho challote; pecoso como si le hubieran disparado una perdigonada en pleno rostro; roja la pelambreira dándole a la cabeza el aspecto de una bola de almazarrón, y un bigotillo estrecho que semejava un hilo de candela que le quemase el labio blanquecino del anémico. Cuando reía descubría una brecha de mella, donde no habían quedado en pie más que los colmillos para morder el cartucho.

Esta figura rechoncha se apoyaba en dos palitroques torcidos, haciendo de sus dos piernas un paréntesis de caballería.

Sobre esta armadura, coloquemos un uniforme abigarrado de soldado veterano dispuesto para entrar en campaña, y tendremos la vera efigie del chenche Cotorro, que escondía debajo del carapacho toda la malicia de un jibaro de la altura, y unas caídas de gitano, incomprensibles en aquella especie de saltamontes, que no había abandonado en toda su vida el barrio campesino donde vio la luz.<sup>35</sup>

Después de este pasaje descriptivo el narrador se demora en destacar las dotes de trovador e improvisador del chenche. Sin embargo, desde su posición de letrado, el narrador, como era el uso en la literatura de la época, (recuérdese la posición de Tapia y Zeno con relación a los cantores de décima) se burla de quien, como él, pretende trabajar con la palabra:

Se le reputaba como el primer improvisador del Regimiento, y era caso de risa el ver la seriedad con que soltaba una gruesa de disparates, entreverados con el sabio Salomón, Caín, y las Once mil vírgenes, cuando arriaba una glosa al capitán Buitrago, que era más bruto que un cerrojo y que tenía al chenche por un poeta de los de fuste y calidad.<sup>36</sup>

Irónicamente, este personaje a quien el articulista le cuestiona el atrevimiento de medirse con los que él considera verdaderos poetas, es quien descodifica la verdad escondida detrás del traje del emperador (en este caso del imperialismo español) como el negro o el niño del ejemplo del Conde Lucanor, quien es el único que se atreve a revelar la verdad desnuda. De ahí la escena dialogada en que el narrador le permite a su personaje deconstruir la retórica del patriotismo o el honor que defiende el sistema:

—¡Conque nos vamos para Santo Domingo!

<sup>35</sup> *Ibid.* p. 134-135

<sup>36</sup> *Ibid.* p. 136.

—Así parece, señor. Dice el capitán que la patria está en peligro, y es preciso echar pa adelante, jasta que se junda la tierra.

—¡Bravísimo! ¡bravísimo! Esa es la obligación del miliciano bien castado; y supongo que todos irán de buena voluntad.

—Esos son otros lotes, contestó rascándose la cabeza; porque una cosa es con cuchara y otra con tenedol.

Y esto lo decía mirándome a los ojos, con toda la malicia de un gitano de los del famoso barrio granadino.

—¿Cómo es eso?

—Pues, comiendo. ¿Cree usted que naide va por su gusto a que le rompan el baustismo?<sup>37</sup>

Como se observa el narrador marca la contraposición de los dos discursos: el del narrador y el discurso del capitán. Esos discursos se ubican en el nivel retórico, sustituyendo la realidad con ideologemas del discurso imperial (la cuchara a que alude el chenche); el chenche por su parte utiliza el tenedor y (con los dientes cortantes de su lenguaje popular lleno de modismos y refranes con el que el pueblo vierte su sabiduría secular) penetra la frágil burbuja del discurso oficial. De ahí que, más adelante, el narrador le ceda la palabra —que antes le escatimó— para que el chenche nos cuente no la historia oficial, sino la vivencial, la historia de engaño y violencia a la que los de su clase son sometidos:

—Yo le desplicaré como fué la cosa.

El Sargento de mi compañía, que le ñaman *Chupa-tinta*, porque es gallego y entiende de letra, mandó al corneta *Pata e sebo* que tocase asamblea. De esto van á jacer tres meses.

Al sonio del estrumento, nos sentamos toos en el batey de la Arcardia, donde el capitan Buitrago: que lleva bien encajao el apelativo, porque es capaz de tragarse un buey, nos enistró en fila, como cuando se cuenta el ganao. Nos prenunció de seguio un discurso que le compuso el Cura, con muchas filusufias de la patria pá aquí, y la patria pá allá, y del peligro y de la comenencia, y jasta del honor de la tierra, pero tan refistulero que hubo cristiano que lloró del gusto, y en aquel momento hubiera sio capás de tragarse de un sorbio á too Sto Domingo, con Puerto-Plata y el Cibao y jasta al General Santana con los ispejuelos. Era cosa de velse el entusiasmo de la tropa, cuando el capitan soplabo pa fuera y se le ponía er bigote parao.

Pero camará, lo mesmo fué decir aquel hombre: “aquí no se forcejea a naide; el que quiera dir voluntariosamente, que jale cuatro pasos adelante,” emesamos toos á mirarnos mútuamente, unos á otros.

Y aquí fué donde torció la puerca el rabo; por que naide se meneaba. Estábamos toos como si nos hubieran clavao las patas en el batey. El capitan miraba pa arriba y aguaitaba pa abajo en la fila. Too el mundo jizo una mueca al Tiniente Riñones, que es un guanime de Vega-baja, y que estaba escondio á ritaguardia de la fila, y como

<sup>37</sup> *Ibid.* p. 139.

cosa de milagro empesaron á salir pá el frente, no digo cuatro pasos; hubo hombre que dió veinte y se fué de jocosos sobre la malojilla del batey.

Al llegar á este punto, se incorporó Cotorro; se acercó á mi, y muy bajito tan bajito que apenas se oía con el viento, me soltó al oído: el simbelgüenza del Tiniente Riñones, me puso la punta de la bota bajo la cartuchera, y arrenpujándome el condenao, de solo un viaje me jizo voluntario pa Santo Domingo.

¡Si sería *bruto!*<sup>38</sup>

El narrador como en ocasiones anteriores se abstiene de comentar o editorializar ya que las situaciones hablan por sí solas.

### Las nuevas autoridades

Después de padecer y despedir al régimen español le corresponde a Daubón consignar la recepción que su clase le da a los nuevos mandarines. Cinco estampas nos bastan para transmitir su impresión del cambio. En la primera de ellas, el narrador clausura el régimen español utilizando la estrategia de la contraposición ilusión-desilusión, que padecen no sólo los habitantes de la isla sino el propio imperio español en relación con su verdadera situación. En la estampa "Nuestra escuadra" narra el desengaño que sufren los habitantes de la isla al creer en la superioridad militar que el régimen les ha vendido como su versión oficial:

Se esperaba aquí de un momento a otro, la escuadra de Cervera, para defender a San Juan de la codicia yankee, y hacer sentir a su armada toda la potencia de nuestros cañones. De estos últimos se había hecho cargo nuestro amigo Angel Rivero, capitán de Artillería...<sup>39</sup>

De ahí la confusión, encarnada en el personaje de Feliz Costa, un amigo del narrador, al divisar una línea de barcos que comenzaban a tomar posiciones en Punta Salinas. Embriagados por la propaganda oficial todo se resuelve en un mero espejismo, ("observaban la escuadra de Cervera, es decir, nuestra escuadra") sólo para despertar a la realidad de que, en vez de salvos de saludos a la plaza, lo que reciben son los cañonazos de la escuadra Sampson. Ante esta situación, el narrador se adelanta a ponernos los lentes correctos para enfocar bien la situación:

Se repetía el caso del Caballero de la Triste Figura, cuando, después del manteo que llevó Sancho, explicaba a éste los nombres de los principales capitanes del ejército, que les parecía tener al frente, y que contemplaban desde un cerrillo<sup>40</sup>

Un imperio se va y otro llega, pero lo que es invariable es el ilusionismo, los

<sup>38</sup> José A. Daubón, *Cosas de Puerto Rico*. San Juan, Tipografía del *Boletín Mercantil*, 1905, pp. 134-135.

<sup>39</sup> *Ibid.* pp. 195.

<sup>40</sup> *Ibid.* p. 195.

actos de magia que emboban al colonizado. Instaladas las nuevas autoridades, se convoca al pueblo para construir la nueva visión de la realidad que estará vigente a partir de ese momento. Los norteamericanos articularían un discurso en el cual su intervención no será vista como un acto de codicia, como consigna el narrador en la estampa anterior, sino como un acto de filantropía de los nuevos “redentores”, utilizando la imagen de Zeno Gandía.

Para contraponerse a los españoles y atenuar el cariz militar de la intervención, los nuevos actores escogen el vestuario y la actitud corporal adecuada, aspecto que el cronista se adelanta a señalar:

Nada de uniformes ni de arreos militares; sencillo traje de viajero, el sombrero de paja, el chaleco blanco, la americana luciendo... Sencillez democrática en toda su persona; la mirada triste, entornando un poco el párpado para recoger mejor la luz, la frente ancha y bien cortada, denunciando al hombre pensador. Nuestra primera impresión fue muy agradable.<sup>41</sup>

Después de presentar el personaje, le corresponde al narrador transcribir el discurso del Secretario de Guerra:

Nos describió su viaje a la Habana, Matanzas y Cienfuegos. Nos pintó el cuadro de desolación de aquellas comarcas arrasadas por la guerra y la miseria. Al recordar el estado de las tropas americanas, y los soldados muertos en defensa de la libertad de aquel pueblo, tuvo un momento de profunda emoción; la voz se detuvo en su garganta, y sus ojos brillaron con más fulgor. Después continuó relatándonos su viaje a Jamaica, su excursión de Ponce a esta Capital, donde también contempló cuadros tristes de miseria, que destrozaron su alma. Hizo declaraciones muy lisonjeras para el porvenir de Puerto Rico, creyendo que la Unión Americana puede confiar en el cariño de los puertorriqueños hacia la bandera de la nueva nación; y después de haber hecho expresiva alusión a los méritos de Henry como gobernador honrado y patriota, terminó su peroración.<sup>42</sup>

El discurso de Henry es una repetición con variantes del anterior:

¡Qué hermosas cosas dijo aquel hombre! Llegó a Cuba cuya naturaleza tropical desconocía, y le encantó la belleza del paisaje, aunque la miseria y la desolación entristecía la hermosura del cuadro. Pasó a Jamaica donde encontró el campo más bello aún, porque por aquellas comarcas no había pasado la tea de la discordia, y sólo florecía el olivo de la paz. Pero al llegar a Puerto Rico fue mayor su sorpresa encontrándola aún más bella que Cuba y que Jamaica.

¡El ambiente estaba perfumado por el hálito de nuestra eterna primavera!

Aunque estos conceptos brotaban tal vez de un labio lisonjero y bondadoso, hizo no obstante que el orador se llevase tras sí todas nuestras simpatías, y continuamos escuchándolo con mucha atención y con gran placer.<sup>43</sup>

<sup>41</sup> *Ibid.* p. 205.

<sup>42</sup> *Ibid.* p. 209.

<sup>43</sup> *Ibid.* pp. 211-212.

Evidentemente Daubón perteneció al sector que, deslumbrado por la imagen democrática que siempre ha vendido Estados Unidos, pensó que el cambio iba a ser favorable para Puerto Rico:

Quiera el cielo que la noble Nación Americana, sea para nosotros la hermosa Temutis, hija del Faraón; la que nos eduque en las prácticas democráticas, la que nos haga prósperos y felices, después de tantos años de ser colonos sin voluntad, sin derechos y sin esa hermosa dignidad que distingue a los pueblos laboriosos y cultos.<sup>44</sup>

Más adelante el narrador amplía estas primeras impresiones en dos artículos de distinta factura. En el primero expresa sus ideas en una forma ensayística, argumentativa. De ahí que en *El imperialismo* exponga ingenuamente como él cree que esta política norteamericana beneficiará a Puerto Rico.

El imperialismo, si llega a ser un hecho, como nosotros lo esperamos, obligará a la gran Nación a entrar en el camino de las Naciones colonizadoras, dada su necesidad de expansión...comprendiendo que los hombres deben ser libres y manejar su propia casa. Inglaterra es sin disputa, la primera potencia colonizadora del mundo. Sin Inglaterra no existiera ni el Canadá ni la Australia, que son dos colonias libres y autónomas, que nada tienen que envidiar a sus compatriotas europeos.

Por ese rumbo tiene que marchar la América imperialista, y el tiempo dirá si tenemos o no razón.

A los puertorriqueños nos conviene que el imperialismo se traduzca en un hecho positivo. No cuadra a los intereses de la arruinada Isla, el formar parte integrante del concierto americano continental. Ni Territorio, ni Estado.

Colonia autónoma, con carta constitucional adaptada al grado de su cultura al estado de su civilización.<sup>45</sup>

Evidentemente esta lectura de Daubón aún tiene vigencia un siglo después entre los defensores de la política imperialista de los Estados Unidos, lo que avala el interés que tiene su testimonio sobre el cambio de soberanía. Él no es portavoz de las posturas políticas más radicales, sino que representa al funcionario-letrado que oscila entre dos sistemas de vida, aspirando a tener "lo mejor de dos mundos" como proclama una consigna de uno de los partidos locales.

El ciclo del libro se cierra volviendo al punto de partida, pues si iniciamos nuestro recorrido destacando la perspectiva infantil que el articulista adopta, lo cerramos con la misma perspectiva, no ya la de Daubón como individuo, sino la de Puerto Rico todo que, incapacitado para asumir su soberanía por el régimen español, vuelve a alerarse con el nuevo cuento de hadas que el nuevo régimen le cuenta.

*Edith Faría Cancel*  
*Universidad de Puerto Rico*

<sup>44</sup> *Ibid.* p. 212.

<sup>45</sup> *Ibid.* pp. 219-220.